Domingo XXVI del Tiempo Ordinario (26-09-21)
Centenario de la Coronación Canónica Pontificia de la Virgen de la Merced
Homilía de Monseñor Carlos Castillo (Transcripción)

Muy querido Padre Juan Carlos Saavedra, Maestro General de la Orden de los Mercedarios; muy querido Fray Arturo, Superior Provincial de la Orden Mercedaria del Perú; Madres superioras de la Orden Mercedaria; hermanos y hermanas.

Hoy día venimos a recordar, lo que se ha hecho durante en estos días, la advocación de la Virgen de la Merced que tiene muchos siglos, desde el 1200 en adelante, esta aparición simultánea que tuvo en tres lugares distintos, en donde tres personajes importantísimos de la historia - tanto de la Iglesia como de la sociedad - escucharon su voz diciendo que ustedes como mercedarios tenían que existir. Y era una situación tensa en donde el Rey Jaime I de Aragón había emprendido una guerra con los musulmanes, y los musulmanes habían apresado a muchos cristianos.

¿Y cómo se desinfla esa situación de tensión? Creando los mercedarios y haciendo que los mercedarios entregaran su vida para que fueran rescatados los presos, los cautivos, y desde ahí, ella es patrona de los encarcelados, patrona de los reclusos, como dice esa canción muy popular: “Virgen de las Mercedes, patrona de los reclusos”.

Hoy día venimos también a pedirle al Señor y a la Virgen que nos ayuden a “liberar”: a liberar de las tensiones, a hacer posible entre nosotros una vida distinta sobre la base de ofrecer nuestra Iglesia para que las cosas se reordenen, no para que se escondan los problemas, sino para afrontarlos con la Palabra, como nos ha enseñado el Señor, y que es posible a partir de reconocerla presente, no sólo en nosotros los católicos, sino en toda persona humana que tiene siempre un residuo de Hijo de Dios, porque todos hemos sido creados a su imagen y para ser semejantes a Él.

En todo ser humano, por más malo que sea, hay una pizca de apertura y de búsqueda de la cual se puede partir, es cuestión de abrir los ojos.

Y uno de los problemas que tienen los discípulos en este Evangelio de Marcos (9:38-43, 45, 47-48) es que se han cerrado. No es casualidad que sea Juan el que toma la palabra, porque Juan - si bien es cierto ahora lo conocemos como “Juan, el bueno”, el discípulo amado del Señor - junto con Santiago, eran también “boanerges”, o sea, los “hijos del trueno”, es decir, eran un poco agresivos y un poco intolerantes. Lo más importante es que estos discípulos en el Evangelio, si ustedes lo leen, vienen de una recriminación que el Señor les ha hecho porque no han podido sacar un demonio a un joven, y el Señor ha tenido que hacerlo de una manera muy profunda, muy fuerte, pero simultáneamente, antes dialogando con el papá, conversando. Y Jesús estaba preocupado por la entrada de una actitud en los discípulos que, finalmente, los llevaba a la parálisis, a la infecundidad, a la esterilidad de la fe.

Resulta que ellos bajaban de la montaña de la Transfiguración y se habían quedado abajo algunos, y le dice el papá: “hemos pedido a tus discípulos que saquen este demonio y no han podido”. Eran impotentes, infecundos, estériles. Y al Señor le molestó: “¡Hasta cuándo voy a soportarlos, generación incrédula!”. ¿Por qué les dice esto? Porque les había advertido - y todo el Evangelio de Marcos está construido así - es una llamada de atención a la comunidad cristiana para que no se deje contagiar de la “levadura de los escribas y fariseos y de Herodes”. Y esa levadura siempre penetra a la Iglesia, es un peligro y es una tentación: creernos el “grupo exclusivo”, el grupo que tiene la propiedad privada del Señor, el grupo que es el “reino” y no hay otro “reino” que “nosotros”. “Nosotros somos los católicos con nuestras costumbres y nadie nos cambia nuestras costumbres”. Y por lo tanto, todo el que pueda hacer el bien, es decir, actuar bien fuera de las fronteras de la Iglesia Católica, es condenado, es un sinvergüenza y nos ha

“expropiado” lo que es nuestro, así que nada de tenerles respeto ni nada, al contrario, hay que “chancarlos”.

Esa manera de pensar es la que conduce a la destrucción de la Iglesia, porque es una contradicción en los términos. Si somos la Iglesia del Señor que ha venido a predicar el amor y que terminó en la Cruz, como dice el Papa, “no por la fuerza de los clavos, sino por su infinita misericordia”, no podemos permitirnos excluir o despreciar a quien hace el bien sin conocer a Dios. Si nosotros no tenemos el espíritu abierto que permanentemente busca los rastros de Dios en la vida de la gente, en los actos misericordiosos que hace que se adelantan a nosotros, y muchas veces interpretan mejor la Palabra de Dios que nosotros, nosotros lo que vamos a terminar de hacer es destruir el Reino que está creciendo en medio de la gente y nosotros nos vamos a merecer que nos cuelguen de una rueda de molino y nos tiren al mar.

Por eso, el nacimiento de la orden fue fundamental, desinflar situaciones complejas entregando la vida. Y esa misión que ustedes recibieron se llamó mercedarios, que viene de merced. No “mercenarios”, sino **mercedarios**, porque merced significa regalo. Santa Rosa de Lima, que la conocemos bien, le llamaba a las revelaciones que el Señor le dio “mercedes” - seguramente también tenía alguna relación con los mercedarios - porque decía Rosa: La primera merced “con lanza de acero, me hirió y se escondió”, la segunda merced “vino a anidar en mi corazón”; y la tercera merced “vuela para Dios, vuela para Dios”. Son el principio de la constitución de toda una espiritualidad de la gracia que vive permanentemente haciendo y viviendo la gracia, y no repartidora de desgracias. Y por eso, Rosa cuando descubre que ese Dios al que buscaba, que la había flechado, sale al encuentro del Señor y encuentra que, finalmente, salía porque estaba metida en Él, el niño Dios había anidado en ella, entonces siente que esa gracia puede realizar la gracia de llegar al Reino de Dios a través del amor gratuito.

En Rosa hay la herencia de la Virgen de la Merced: “Dios es amor y solo es amor”. Y por lo tanto, es también justicia, pero no hay odio en Dios. Dios no excluye a nadie, al contrario, comprende que en el medio del mundo, al venir Jesús, se ha irradiado una gracia que todo el mundo puede acogerse a ella, puede interpretarla a su manera, y poquito a poco, ir creciendo.

Por eso nos invita el Señor hoy en el Evangelio a tomar en cuenta cómo están repartidas las Mercedes de la Virgen María. Ella también pasó por esta tentación, ustedes acuérdense del texto en que vienen donde Jesús y le dicen: “Tu madre y tus hermanos te están buscando” y Él dice: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” ¡Cómo le dolería a María eso! Pero María también fue interpelada porque la tentación de formar círculos separados de la gente siempre existe, incluso la Virgen María la tuvo. Y Jesús lo vio en sus discípulos y Él mismo en las tentaciones, fue tentado para hacer como los sacerdotes, o sea, la tercera tentación en Lucas: “Si eres Hijo de Dios, subido en el alero del templo, tírate que no te va a pasar nada”, es decir: “eres lo máximo, por ser sacerdote no te va a pasar nada”. Y Jesús dice: “No tentarás al Señor, tu Dios”. En el fondo, tentar a Dios es creerse sustituto de Dios, y por lo tanto, intentar nosotros hacer grupitos que se arrogan a la propiedad privada del catolicismo y de la fe cristiana, y empezar a combatir a los demás. Todos somos pecadores y todos estamos en proceso de conversión, ayudemos mutuamente a reconocernos, a limpiar nuestras heridas y a enjugar nuestras lágrimas.

Por eso hoy día Santísima Virgen, tú que nos has acompañado y te repartirse en tres personajes, no en uno, en tres: en Pedro Nolasco, en Raimundo de Peñafort y en Jaime I de Aragón. Y así repartiéndote en distinta gente, laicos y religiosos o personas devotas, así hiciste posible que, regando la misericordia, todos pudieran encontrar al Señor, inclusive, los que no conocen directamente a Dios. Te damos gracias infinitas el dia de hoy.

Hermanos y hermanas, hay una frase preciosa en el libro de José María Arguedas “Todas las Sangres”, en donde habla de la “kurku”,

que es una jorobadita que no conoce a Dios, pero dice que cantaba tan lindo - como hoy día el coro ha cantado y el salmista - que no conociendo a Dios, por el modo de cantar dice “de Dios es”. Dice el Sacristán de San Pedro de Lahuaymarca: “no conociendo a Dios, de Dios es”. Ustedes hermanos y hermanas que están en la puerta de es Iglesia y no han podido entrar, muchos de ustedes, quizás no conocen a Dios, pero son de Dios.

Ser de Cristo no es pertenecer oficialmente y tener un carnet, ser de Cristo es actuar misericordiosamente y vivir en la misericordia. Y eso se puede ir haciendo más fuerte y más grande participando de la Iglesia y aprendiendo todas las grandes cosas que hemos vivido en la historia, y todas las cosas y las enseñanzas de la tradición, del magisterio que debemos aprender. Pero se empieza y se vive siempre en la misericordia, en la merced, porque si no se vive en la merced, entonces, no se es cristiano. Se es cristiano porque se es amado, no porque uno ama, sino porque uno es amado y, reconociendo la fuerza de su amor, la anuncia, es testigo, y puede espantar demonios.

¡Madre santa, ayúdanos a espantar todos los demonios que tenemos en nuestra patria, para que tú, por medio de tu merced, nos hagas salir de la cárcel de la violencia, del maltrato, de la injusticia y de la corrupción!... Te pedimos nos ayudes ahora que vamos a re-coronarte como se hizo hace 100 años con este don que la comunidad mercedaria quiere ofrecerte con todo nuestro cariño y con todo nuestro amor.